

Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

La dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscritos por sus redactores o colaboradores.

DIRECTORES

Juan Bayetto
Por la Facultad

Horacio B. Ferro
Por el Centro de Estudiantes

Juan J. Guaresti (h.)
Por el Colegio de Graduados

SECRETARIO DE REDACCION

Carlos E. Daverio

REDACTORES

Vito N. Petrerá
Silvio Pascale
Por la Facultad

José D. Mestorino
Emilio Bava Giachetti
Por el Centro de Estudiantes

AÑO XXI

MAYO DE 1933

SERIE II, N° 142

DIRECCION Y ADMINISTRACION
CALLE CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

de Henry Clay

La depresión post-guerra en la industria británica y su significado para el mundo^(*)

La depresión que ha caracterizado a la industria británica desde 1920, tiene, por dos razones, importancia para otros países: primero, la exactitud de las estadísticas británicas referente a la desocupación hacen posible señalar su curso con más precisión de lo que podría conseguirse en cualquier otro país; y segundo, la industria británica está tan esencialmente vinculada a las condiciones económicas mundiales, que su destino refleja la situación económica de otros países, y a la vez influye sobre ellos más significativamente que lo que lo harían las propias industrias de esas naciones.

Los caracteres distintivos de la depresión industrial británica de post-guerra, han sido su persistencia y su concentración dentro de un grupo limitado de industrias. En una población de doce millones de obreros asegurados nunca ha habido menos de un millón de desocupados, el porcentaje término medio de desocupación aún antes del principio de la actual depresión mundial, en 1930, excedió de doce.

Esta persistencia a través de años que para otros países fueron años buenos, está unida a su concentración. Mientras que prácticamente toda industria tiene un cierto número de desocupados, un grupo de aquellas que comprende la tercera parte de la población asegurada ha proporcionado siempre la mitad de todos los desocupados. Un examen de este grupo de industria con extraordinaria depresión nos permite comprender las causas de las dificultades británicas.

Las principales industrias de este grupo especialmente

(*) Conferencia leída por su autor en el salón de grados de la Facultad de Ciencias Económicas.

perjudicado, son: construcción de vapores, acero, textiles, navegación, carbón y ferrocarriles. Ellas revelan los efectos de tres clases de influencias. Primero, la influencia de la guerra, cuya demanda de municiones produjo un desarrollo excesivo de las industrias necesarias para la misma. Segundo, una serie de influencias, sobre las que volveré a hablar muy pronto, que ha impedido y obstaculizado el comercio de exportación desde la guerra. Y tercero, la influencia de la transformación técnica que cambia los métodos y las rutas de ocupación establecidos, del mismo modo que la economía del combustible y el desarrollo de la máquina de combustión interna, han detenido la demanda de carbón.

Ahora bien, la depresión de estas industrias no solamente ha afectado a Gran Bretaña. Por el contrario, estas industrias: carbón, textiles, navegación, han estado deprimidas en todos los países en la mayoría de los años a partir de 1920.

En algunos casos la depresión ha sido contenida por medio de subsidios, como en gran parte de la navegación, o por interrupciones en producciones rivales, como, en el caso de la industria británica del carbón que fué beneficiada por la ocupación del Ruhr, y a su vez la industria continental del carbón, por la detención del carbón británico en 1926; o por otros paliativos temporarios.

Pero en cualquier nación, aún en Estados Unidos, en medio de los años de auge, 1927 y 1928, si se hubieran incluido en una misma área las industrias de carbón, textiles, construcción de vapores y navegación, hubieran presentado un espectáculo de depresión similar al de Lancashire o del Valle del Clyde.

Se ve entonces que Gran Bretaña no fué una excepción en lo referente a depresión industrial; fué, sí, una excepción en lo concerniente al grado de su dependencia sobre estas industrias universalmente deprimidas, dependencia debida al hecho de que la Gran Bretaña había sido el *pioneer* de las mismas en el mundo moderno, y las había desarrollado en tan gran escala, que no le quedaron recursos para aplicar a otras industrias más nuevas. Y la importancia de las dificultades británicas para el resto del mundo, fué que ellas ilustraron muy claramente el cambio que podían causar en conjunto estas tres clases de influencias, la guerra, las barreras aduaneras y la transformación técnica.

La persistencia peculiar de la depresión en Gran Bretaña, en cuanto no se explica por la importancia de estas industrias en su economía, se justifica fácilmente por la ausencia de ciertas influencias que ejercen una neutralización temporaria y que existen en otras naciones.

En América, la depresión similar del carbón, industrias agrícolas, textiles y construcción de vapores, pasó inadvertida, gracias al inmenso impulso de otras industrias más nuevas, especialmente la de automóviles y de material eléctrico y a un gran desarrollo de la construcción de edificios.

En Francia y en Italia se dió un enorme estímulo a las industrias de exportación y a las empresas industriales en general, por medio de la depreciación de la moneda (a expensas de los acreedores en el país y en el extranjero).

En Alemania, en Europa Central y también en los grandes países agrícolas del hemisferio meridional, se crearon condiciones de prosperidad aparente mantenidas con un despilfarro de dinero obtenido en préstamo del extranjero.

Pero todas estas influencias neutralizadoras fueron temporarias. Y ahora, 15 años después de la guerra, el mundo entero comprende que un elemento de su situación afligente, factor importante aún cuando no se crea que es el principal, es la transformación causada por la guerra, el nacionalismo económico y la evolución técnica en las industrias más antiguas que emplean mucho capital y que dependen especialmente del comercio extranjero, las cuales son importantes en todo país industrial, pero sobre todo en Gran Bretaña.

No es necesario insistir sobre los efectos de semejante transformación. Es hoy perfectamente comprendido que la depresión en un grupo de industrias tenderá a producir una depresión general, desde que el personal de una industria es cliente de otra.

Es bien evidente que la pérdida del poder de adquisición en una gran extensión de Gran Bretaña, Europa Occidental y la región Oriental de Norte América, debe tener su consecuencia en la disminución de precios para los productos agrícolas que ellas importan, lo cual a su vez reaccionará sobre la capacidad de los países agrícolas para comprar las exportaciones de aquéllos. Seguirá una caída general en el nivel de los precios mundiales, aún cuando no existiesen influencias puramente monetarias que operen en el mismo sentido.

Tampoco es necesario señalar el hecho evidente de que la depresión de la industria británica se intensificó por la falta de elasticidad de sus costos y por la incapacidad de su población industrial para adaptarse rápidamente al mundo transformado después de la guerra.

Para no excederme en este examen, debo referirme solamente a las causas cuyas influencias de la depresión industrial hemos experimentado; y que son: las influencias de la guerra, los obstáculos al comercio extranjero y la transformación técnica.

Poco hay que decir acerca de la primera y de la tercera. Era necesaria una desmovilización de las industrias exclusivamente desarrolladas por las necesidades de guerra, y ella ha sido llevada a cabo, excepto en los países donde el gobierno la preferido mantener en existencia, por medio de subsidios, establecimientos innecesarios.

La transformación técnica no es problema nuevo, pues lo hemos conocido desde que existe la industria. Lo más que puede decirse es que el ritmo de esta transformación es más bien mayor que antes de la guerra y por lo tanto más difícil de remediar; y que la intervención cada vez mayor del gobierno dentro de la industria ha reducido la capacidad de la sociedad para adaptarse a ese cambio.

Me propongo dedicar el resto de mis observaciones a la segunda influencia: las barreras aduaneras.

Puesto que la guerra hizo imposible obtener importaciones normales, fué necesario dar una gran extensión a las industrias fabriles (y también a las agrícolas), de manera de reemplazar las importaciones de años anteriores. Después de la guerra y cuando pudieron utilizarse nuevamente las antiguas fuentes de abastecimientos, se solicitó naturalmente la protección, pedido que el espíritu de nacionalismo económico fomentado por la guerra recibió de buen grado. El proteccionismo ha tomado muchas formas nuevas, y la creación de derechos protectores constituyen una sola de ellas.

De efectos igualmente importantes son la restricción de importaciones por el contralor de los cambios, la restricción por el sistema de cuotas, y la ayuda por medio de subsidios directos e indirectos a industrias favorecidas. Finalmente, la depresión es un gran estímulo a la protección, desde que el primer pensamiento de cualquier empresa deprimida es buscar la protección del gobierno contra la competencia extranjera.

El efecto de estos subsidios y de estas barreras aduaneras fué estimular, en el mundo en general, la expansión de industrias ya capacitadas para responder con exceso a la demanda real del mundo. De ahí que la enorme competencia, los precios bajos fuera de los mercados protegidos, y la desocupación, hayan sido las características de estas industrias desde 1920. Las principales pérdidas cayeron naturalmente sobre los antiguos centros dedicados a la exportación y tomaron la forma de desocupación. Con ello quedó disminuída la capacidad de estos centros para pagar las importaciones que tomaban anteriormente de los países agrícolas, pues estos se rehusan a recibir las exportaciones, con cuyo producto aquellos centros pagaban anteriormente sus importaciones.

Ahora bien, los países agrícolas, al dar, por medio del proteccionismo mayor incremento a las industrias fabriles, no redujeron sino que por el contrario aumentaron su producción agrícola para exportación.

Como sus mercados industriales se hallaban demasiado deprimidos para pagar los precios que ellos esperaban, se vieron obligados a vender su producción agrícola a cualquier precio. De este modo los países agrícolas cuya protección a la industria había dejado sin trabajo al obrero industrial europeo, se vieron forzados a vender sus productos naturales al precio que ese obrero podía pagar, gracias a su subsidio de desocupación.

Los efectos totales de esta política protectora no pudieron sentirse hasta que ella se hizo general. Hasta 1931, Gran Bretaña (con alguna ayuda de los Países Bajos y de Bélgica) mantuvo abierta una gran área de librecambio en la cual se volcaron las exportaciones de otros países excluídos de sus mercados ordinarios.

En ese año, sin embargo, Gran Bretaña se vió imposibilitada para mantener por más tiempo su antiguo sistema. Dejó el sistema internacional de moneda corriente, el patrón oro, y habiéndolo abandonado, siguió el ejemplo de otros países comenzando a restringir las importaciones.

Si continúa siguiendo el ejemplo de todas las demás naciones, debe esperarse que su sistema proteccionista se volverá cada vez más extenso y excluyente, con el andar del tiempo. Así es que solamente en los últimos años han comenzado a hacerse sentir todos los efectos de las tendencias proteccionistas de la post-guerra.

Ahora bien, la marcha de Gran Bretaña en la depresión mundial de 1930-1933 ha sido más favorable que la de cualquier otro país industrial de importancia. Es verdad que la desocupación ha aumentado, pero mucho menos que en América, Alemania y Francia y en la mayoría de las demás naciones.

Esto se debe, en parte, al hecho de que la depresión ocurrida años antes había obligado ya a una cierta adaptación a las condiciones mundiales cambiadas después de la guerra; pero en el fondo se debe indudablemente a los efectos proteccionistas de la depreciación de la moneda y a los aranceles.

Creo que no es discutible que en un período de depresión general sea posible transmitir al extranjero parte de las pérdidas que ella produce, usando para esto una medida de protección. Ese es el efecto inmediato que debe ser cotejado con los efectos indirectos que este sistema producirá a medida que pase el tiempo, sobre las industrias de exportación del país; pero hasta ahora el cambio ha sido beneficioso para Gran Bretaña a costa del resto del mundo, que lo ha pagado caro.

El cambio fundamental en la política económica de la Gran Bretaña que es la consecuencia inevitable de la depresión dentro del país y de las dificultades, siempre en aumento, producidas por los aranceles en el extranjero, va a poner al mundo, por lo tanto, frente a un dilema de vital importancia para el futuro económico mundial.

Si los sistemas nacionalistas y proteccionistas que han imperado en el mundo, continúan dominándolo, Gran Bretaña, siguiendo el ejemplo de otros países, tratará de restringir su dependencia sobre el resto del mundo. Imposibilitada para mantener sus exportaciones de productos manufacturados, disminuirá sus importaciones de alimentos, dedicando una mayor proporción de sus habitantes a la agricultura (sistema que considero ridículo aunque está apoyado por todos los partidos políticos) y restringirá también el mercado británico exclusivamente a los productores manufactureros británicos.

La consecuencia será acelerar el mismo proceso en otras naciones; el comercio internacional declinará y cada país se abastecerá a sí mismo en mayor grado.

El costo de semejante desarrollo será considerable — ¡como si los políticos nacionalistas se preocuparan alguna

vez del costo económico! —, perderán su valor una gran parte de los recursos mundiales de capital y trabajo que hoy se hallan aplicados a las grandes industrias de exportación, y a otras, como la navegación y las finanzas, que dependen del comercio extranjero. Aún más onerosa será la inversión de la tendencia a producir las cosas allí donde existen las más grandes facilidades para su producción.

El principio de proteccionismo fué formulado en Ottawa en el acuerdo entre Gran Bretaña y los Dominios: el arancel debía ser suficientemente alto como para compensar al productor nacional por el costo más alto de su producción, comparada con los competidores extranjeros.

Por lo tanto, cuanto mayores sean las ventajas que un país posee para cualquier forma de producción, tanto más altos serán los aranceles que otros países impondrán a esos productores, y cuanto mayores sean las desventajas que una industria sufra tanto más grande será la protección que tenga derecho a solicitar.

En este último caso tendríamos un mundo tan alejado de la división internacional del trabajo, basado sobre ventajas relativas, que fué el propósito del siglo XIX, que ningún país podría especializarse en ninguna forma de producción, por muchas ventajas que tuviera para ello, y cada país se dedicaría a una extensa producción de frutos para cuya explotación no posea facilidades. Pero los ejemplos de Estados Unidos y de Rusia, muestran que la política de bastarse a sí mismo no es resguardo contra la depresión comercial ordinaria.

La alternativa constituye una inversión de la tendencia hacia el nacionalismo económico de los últimos años. La futura conferencia económica mundial brinda una oportunidad para debatir y decidir la cuestión.

Para el bienestar general, todos los estadistas están de acuerdo en que una disminución de las barreras aduaneras ayudaría al refloramiento del comercio; pero aún cuando así lo declaran en sus discursos, continúan levantando nuevas barreras en la práctica política.

Por lo tanto el problema no puede considerarse resuelto, y probablemente no se resolverá por medio de conferencias internacionales sino haciendo frente cada país a sus propios problemas.

La experiencia de Gran Bretaña desde la guerra, ha demostrado claramente que los golpes que infligieran a su comercio los aranceles de otras naciones, han rebotado sobre estas naciones.

Al excluir las exportaciones británicas, ha disminuído la capacidad británica para comprar sus propias exportaciones, y están ahora en peligro de perder por completo el mercado británico. Del mismo modo, si Gran Bretaña consigue por medio de su política fiscal, arruinar las industrias de otros países que dependen del mercado británico, arruinará al mismo tiempo sus propias industrias de exportación que dependen de aquellos mercados.

Esta es, a mi juicio, la principal importancia de la depresión de la post-guerra en las industrias británicas para el resto del mundo. Si se comprende, podría evitarse que la conferencia económica mundial sea un fracaso.